

La Magia de la Amistad

Cuentos para leer con tus hijos



Pontificia Universidad
Católica del Ecuador

unicef 

para cada niño

© **Pontificia Universidad Católica del Ecuador - PUCE**

Coordinación:

Psic. Cl. Dorian Chávez, Facultad de Psicología - PUCE

Autor:

Psic. Cl. Dorian Chávez

Colaboradores:

Psic. Lucía Arias

Psic. Isaac Grijalva

Psic. Erika Villamarín

Psic. Cl. Luciana Pinto

Psic. Cl. Paola Carpio

Ilustración:

Ricardo Salvador V.

Lebrel

099 882 3167

Diagramación:

José Antonio Valencia

Correvedile Diseño & Multimedia

099 923 8399

© **Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia - UNICEF**

UNICEF Ecuador

Edificio Titanium Plaza, Av. República E7-61,
entre Alpallana y Martín Carrión

Teléfono: (593-2) 246 0330

www.unicef.org/ecuador

Quito - Ecuador, Enero 2021

Al principio, al oso Martín no le gustaba la escuela. Solía llorar y patear cuando su padre lo dejaba en el aula. Pero con el tiempo le empezó a gustar, y mientras aprendía de matemáticas y lenguaje, también hizo algunos amigos con quienes jugaba, reía o lloraba.

De repente, el pequeño oso Martín dejó de ver a sus amigos. La escuela tuvo que cerrar y ahora recibían clases a través de la computadora. Aunque Martín veía a sus amigos, ya no los sentía cerca. Entonces, extrañó todo de la escuela, desde el perfume de su amigo Iván el castor, hasta la voz de la profesora Gorrión.

—Martín, no te muevas de la mesa del comedor, debes estar pendiente a clases. Activa la cámara y silencia el micrófono para que no interrumpas —dijo el señor Oso.

—Papá, ya no quiero estar sentado, me aburre estar así —contestó Martín, mientras trataba de prestar atención a clases.

—Hijito, ¡pon atención a clases! Debes estar pilas para que aprendas a leer como tus otros compañeritos.



En ese momento, Martín empezó a recordar lo que hacían con Sofía y Matías, sus dos mejores amigos de la escuela.

—Miren, ¡Chirimoyas! —gritaron los tres animalitos al ver un árbol bonito y frondoso.

—Debe de haber miles en este árbol, comámonos todas —dijo Matías, quien tenía mucha hambre.

—No podemos comernos todas, nos va a doler la barriga. ¿Qué les parece si cogemos seis? Así podríamos tener dos para cada uno —dijo Sofía muy alegre.

—¿De qué hablas Sofía? No te entiendo —preguntó Matías perdido y confundido.

—Mira Matías —explicó Sofía mientras subía hábilmente por el árbol hasta alcanzar las chirimoyas —voy a coger dos frutas para cada uno, dos para Martín, dos para ti y dos para mí. En total vamos a coger seis, pero tendremos dos para cada uno.



Matías y Martín se quedaron viendo asombrados. Sofía les había explicado justo aquello que no habían comprendido en clases, y desde ese momento nunca más lo olvidarían.

Martín se puso muy feliz de recordar ese día, por lo que decidió conversar con sus amigos sobre esta anécdota. Intentó activar el micrófono de la compu, pero, al hablar, su profesora le pidió que apagara el micrófono para no distraer a los demás compañeros.

El pequeño oso seguía teniendo muchas ganas de hablar con sus dos amigos, así que pensó en susurrar muy bajito para intentar conversar con ellos. Quizá la profesora no se daría cuenta.

—Maaatíiiiiaaasssss —susurró levemente el osito, después de encender el micrófono.

—Maartíinnnn —respondió el amigo con voz bajita.



El pequeño oso se emocionó de inmediato, pensó que podía hablar al menos un ratito con su amigo. Sin embargo, la profesora Gorrión al escucharlos les llamó la atención.

El señor Oso escuchó lo sucedido y le reclamó nuevamente por no poner atención a clases.

—Es que quiero hablar con mis amigos y jugar con ellos, papá —dijo Martín. Sus ojos se habían humedecido y sentía algo que le apretaba la garganta.

Martín extrañaba la escuela. Y aunque no lo decía, su desgano por las clases virtuales y su falta de atención reflejaban el malestar que tenía. Al darse cuenta de lo que estaba pasando, el señor Oso decidió hablar con su hijo.

—Martín ¿cómo estás? Últimamente no quieres recibir clases, parece que estás triste o enojado. Cuéntame, ¿qué te pasa?

—Nada papá, no me pasa nada.



El señor Oso escuchó las palabras del osito. Sabía que algo le sucedía, notaba cómo el pelaje de su hijo se erizaba, el tono de su voz parecía triste y su mirada estaba apagada.

—¡Mijo! Te conozco y sé que algo te pasa. Cuéntame, así podemos pensar qué hacer.

—Papá, extraño mucho a mis compañeros, quiero ir a jugar, quiero salir al bosque como antes. Quiero estar con mi profe en la clase, quiero conversar con mis amigos y reírme con ellos.

El señor Oso no supo que decir. Se quedó callado un tiempo. En su cabeza pasaban muchas ideas, pero ninguna le parecía adecuada para responder las angustias de su hijo. Pasado un momento, el padre abrazó a Martín, limpió sus lágrimas y le dijo que pensaría en alguna forma de ayudarlo.



Al día siguiente, el señor Oso llamó a varios padres y madres de familia del aula de Martín. Les preguntó cómo la estaban pasando en este tiempo en el que debían permanecer en casa para evitar enfermarse. Los demás padres también tenían dificultades. Muchos estaban tristes o desesperados sin saber qué hacer al ver a sus hijos apenados y desanimados. Mientras los padres de familia hablaban y pensaban en qué podían hacer, tuvieron la idea de organizar una videollamada entre compañeros de la escuela. ¡La idea emocionó a los adultos!

El domingo, después de desayunar, hicieron una llamada grupal. Matías, Martín y Sofía se volvieron a ver fuera de clases a través de la pantalla. Cada uno tenía en la mano el celular de sus padres y, aunque por momentos se quedaban congelados en la pantalla, su voz se entrecortaba por la señal o la batería se terminaba, disfrutaron mucho de volver a verse y de inventar nuevos juegos. Los padres los dejaron solos por momentos, así los animalitos podían conversar entre ellos, imaginar, fantasear y recordar los buenos momentos que pasaban en la escuela.



El señor Oso no se había dado cuenta de lo importantes que eran los amigos en la vida de su hijo. Si bien aún había dificultades por las clases virtuales, y todavía le preocupaba cuánto podría aprender su hijo, al verlo reír, jugar y conversar con sus amigos, se dio cuenta de que en la escuela es igual de importante lo que se puede aprender, como lo que se vive y experimenta en ella.



En la pandemia, se ha remarcado la importancia del “distanciamiento social” para salvaguardar la salud. Sin embargo, esta recomendación no debe confundirse con distanciar los lazos afectivos, de amistad, compañerismo o cariño entre las personas.

Los jóvenes y adultos, al tener un acceso relativamente más fácil a los dispositivos electrónicos, han logrado, a su manera, volver a tejer los lazos con familiares y amigos, manteniendo un soporte social que los apoya y sostiene a la distancia. Sin embargo, los niños y niñas no siempre tienen esta posibilidad. Aunque reciban clases junto con todos sus compañeros, el contacto con ellos se reduce significativamente.

El cuento *“La magia de la amistad”*, evidencia la importancia de la vida social en el niño o la niña, tomando en cuenta que el compartir con amigos no es solo una forma de diversión o distracción, sino también la manera en cómo aprendemos y enseñamos, en cómo nos desenvolvemos y estructuramos como individuos.

El cuento ha sido creado en el marco del trabajo que realizan **PUCE** y **UNICEF** para brindar apoyo psicosocial a madres, padres, cuidadores, docentes y trabajadores sociales, con el objetivo de darles herramientas para construir relaciones armónicas y prevenir la violencia contra niños, niñas y adolescentes.